

doblada por una ráfaga de viento; nota que se marchitan sus labios que se abren para beber aquel cáliz de agenjo; y mientras que lo apura hasta las heces, siente en su corazón algo semejante al contacto de un hierro candente metido lentamente en carnes vivas y ensangrentadas. A pesar de esto, aunque herida por el más mortal dolor y por el golpe más tremendo, devorando las lágrimas y puestas las manos sobre el pecho, dice: ¡Señor, hágase tu voluntad! ¡Ah! María no sabía más que amar y servir á Dios, no pensaba más que en adorar sus soberanas disposiciones, y se resigna por más que deba ser afligida y martirizada.

Hé ahí, hermanos míos, lo que hizo María en el día de su Purificación; hé ahí el homenaje que tributó á Dios. Era madre, y como á tal se inmoló, ofreciendo al Señor á su propio Hijo con un homenaje de profundísima reverencia; era virgen, y como á tal se inmoló con un homenaje de grandísima humildad, presentándose como mujer, cuya maternidad ha oscurecido el candor de los propios lirios; era reina, y como á tal se sacrificó, aceptando todo el torbellino de dolores, que debía sufrir con un homenaje de pacientísima resignación. Por eso esta oblación es noble, es santa, es cara á Dios, está llena de méritos, y se presenta de suerte, que se ve en Ella lo que quería el Eclesiástico, para que las ofrendas fuesen dignas del Altísimo Señor de todas, á quien se ofrecen: *Deo dignas oblationes offer.*

Hermanos míos, tengamos presente estos ejemplos de sumisión, de humildad, de paciencia, é imitemos á María cuanto nos sea posible. Imitemos á María, que observó siempre la ley, que estuvo siempre sujeta á Dios, que hizo la voluntad divina á costa del propio honor, de la propia reputación, y de los más áridos sacrificios. También Dios quiere de nosotros una ofrenda, y esta ofrenda debe ser la de nuestro corazón; también nosotros debemos presentar á Dios esta ofrenda, pero debemos presentarla como la presentó María. Penetremos en nuestro interior, abramos los oídos á las voces que nos vienen de lo alto, obedezcamos las inspiraciones celestiales, gloriémonos de cumplir la voluntad divina, resignémonos en el tiempo de la tribulación, y afanémonos en vivir según las enseñanzas de la conciencia y de la fé. Obrando de esta suerte, sacaremos provecho de las saludables lecciones que nos dió la Virgen en el día de su Purificación; y solo entonces podrá decirse de nosotros, que nuestras ofrendas son dignas: *Deo dignas oblationes offer.*

---

## PURIFICACION DE MARÍA.

---

### DISCURSO II.

*Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Cumplido el tiempo de la purificación de María, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(Luc II, 22.)

Cumplidos estaban los días de la Purificación de María. La tierna y santísima Virgen abandona el establo de Belén, toma en brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José encamínase á Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! Envíe á sus radiantes ángeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus brazos, no tropiecen vuestros pies contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas del camino.

Figuraos, imaginad, hermanos míos, la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hácia Jesús. Al lado del divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con Él no hay pobreza dura, ni incomodidad molesta.

Llegados á Jerusalén, trasládanse al Templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos altamente asombrados! Confundida María entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza la oblación voluntaria, la donación completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumir y sellar con su sangre en el Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, llevados allí por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de

sus vehementes deseos; y gozosos de haber visto el día del Señor y tenido á Dios en sus brazos, y estrechádole contra su seno, esperan tranquilos la muerte.

Mezelémonos tambien nosotros en esa sagrada asamblea, donde se hallan reunidas todas las glorias de la religion; la antigua ley que acaba y la nueva que comienza; el último de los profetas y el Cordero de la nueva alianza; la santa viuda, heredera de la fé y piedad de las Saras, Judiths y Esthers, y la humilde y purísima Virgen que ha puesto fin á todas las figuras de la ley dando al mundo la realidad de sus esperanzas; Maria, en una palabra, la Madre de Jesús, que sobrepuja en gloria, inocencia y hermosura á todas las mujeres de la Biblia.

Contemplemos sin cesar ese tierno espectáculo, y recojamos con cuidado las instrucciones y enseñanzas que nos proporciona cada uno de los personajes que figuran en tan grata y sublime escena. De María aprenderemos la humildad y el sacrificio; de Jesús, la sumision á la ley; de Simeon y Ana, en fin, el ardiente deseo y los fervorosos afectos con que debemos recibir al Señor. He indicado el plan de mi discurso, pidamos ahora la gracia por intercesion de la Virgen Santísima diciéndole: A. M.

María se purifica sin necesidad de purificacion, pues no se había marchitado ni amancillado dando á luz al Salvador del mundo; por el contrario, concibiendo y pariendo al Dios de toda pureza y autor de la santidad infinita, vino á ser más pura, más hermosa y santa. Intacta quedó su virginidad, mucho más radiante y esplendorosa despues del parto, cual la azucena, cuya blancura aumentan los rayos del sol y las caricias de una blanda brisa. El aroma de sus santos y castisimos afectos conservó toda su frescura y suavidad. Y con todo, confúndese con las demás hijas de Israel, sin reconocer para sí exencion ni privilegio alguno. Al verla, diríase que era una mujer vulgar, que acababa de dar al mundo un hijo vulgar como Ella. En esto no hizo más que imitar á su divino Hijo cuando se sujetó á la ley de la Circuncision, á pesar de no necesitarla ni estar obligado á ella. La humildísima Virgen se tiene por honrada cuando á juicio de las demás mujeres pasa por impura, pues así se ha comprendido, como su Hijo, en el número de los pecadores. ¡Obediencia admirable! ¡Humildad profunda! ¡Cuánto distan nuestras ideas, de las de María! Nosotros no somos ante Dios más que pecadores, y, sin embargo, disputamos por pundonor ante los hombres...! ¡Oh! aprendamos de la santísima Vir-

gen á rebajarnos y humillarnos como Ella. Guardémonos de querer figurar y brillar, haciendo ruido para atraer sobre nosotros las miradas del mundo y sus vanos aplausos; contentémonos con la suerte que la Providencia nos ha deparado; vivamos satisfechos con la posicion en que Dios nos ha colocado y con los talentos que le plugo dispensarnos; teniendo presente, que lo que santifica al hombre no son las acciones ilustres, los grandes renombres, las hazañas ruidosas, sinó la humildad de corazon, la pureza de la conciencia, la sencillez del alma y una conducta intachable. Imitemos á la violeta, la cual, ocultándose debajo de las hojas á la sombra y en la oscuridad, apartada de los rayos del sol y de la gran claridad del día, no por eso deja de exhalar aromas y perfumes ménos exquisitos.

También nos ofrece hoy María el ejemplo del espíritu de sacrificio. ¿Qué viene á ofrecer á Dios sinó su reputacion, su gloria y toda su vida? Sí; aún ofrece más, puesto que viene á presentar su divino Hijo, dón mucho más preciado para Ella que su propia existencia. Júzguese ahora si cabe idear sacrificio más heróico en una Madre, que ama más á su Hijo que á sí misma, y se halla siempre pronta á dar hasta la última gota de su sangre, á subir si es necesario al cadalso, á lanzarse al fuego, á sufrir mil muertes, mil martirios por el tierno y querido fruto de sus entrañas. Aquí hay madres que me comprenden, que saben el maravilloso poder del amor maternal, el cual sale á veces de un corazon generoso como la ardiente lava de un volcán. ¿Y cuál es hoy el sacrificio de María? Viene á ofrecer á ese mismo Jesús, que con tanto gozo llevó en su seno nueve meses, y amamantó con sus virginales pechos, y tantas veces le colmó de dulces ósculos, recibiendo á la vez de Él las más tiernas caricias, y protegiendo su cuna con maternal solicitud. Preciso es inmolar á ese Hijo tan amado, flor misteriosa desprendida milagrosamente de su tallo, á ese Jesús, que constituye su vida, su Dios, su Salvador, su todo; la pobre Madre sube las gradas del Templo, bien así como treinta y tres años despues había de subir las de otro altar misterioso y ensangrentado. . el altar del Calvario! Olvidado el Señor de su dolor y de sus lágrimas, la pone hoy ante los ojos con tanta anticipacion el terrible sacrificio que entónces habrá de ofrecer; y de la inspirada boca del anciano Simeon oye María aquellas palabras, que convierten su vida en un lento y prolongado martirio: «Una espada de dolor traspasará tu alma: *Tuam ipsius animam pertransivit gladius.*» ¡Gran Dios! ¿Así recompensas la fidelidad de tus servidores? Ahí tienes los personajes más santos, puros y casi más divinos que ha visto el mundo, ¡y solo

les anuncias, en premio de su virtud, cruces, sangrientas escenas, imágenes de desolacion y muerte!

No siempre aflige Dios de tal suerte á sus escogidos; comunmente tiene en cuenta nuestra debilidad. A los grandes corazones, á las almas de temple las lleva consigo al Calvario, para que le sacrifiquen sus más caras y santas afecciones. Lo que nos exige con más frecuencia es, el sacrificio de lo que puede perjudicarnos, de nuestros pecados, de nuestras inclinaciones desordenadas, de nuestras torpes pasiones. Levantémonos, pues, con valor; tomemos el hierro y el fuego; pongamos una mano enérgica en la herida para desarraigar el mal de nuestras almas. Ofrezcamos á Jesús este sacrificio con valor y generosidad. Si nos pidiese, como á María, la inmolation de todo lo más puro, santo y apreciable, deberíamos sacrificarlo con todo corazon. ¿Con cuánta más razon debemos, pues, apresurarnos á sacrificarle lo que nos es perjudicial, lo que constituye para nosotros una causa continua de zozobra, inquietud y remordimientos?

Aprendamos ahora de Jesús la sumision y la obediencia á la ley del Señor. Legislador supremo, Dios omnipotente é infinito, sujétase Jesús á una ley dada por Él mismo, enseñándonos así, que la obediencia á la ley divina es el camino del Cielo, de la paz, de la dicha, de la tranquilidad de la conciencia. No hay otro medio de ser feliz, no solo en la otra vida, en medio del esplendor de los santos, sino tambien en este valle de llanto, de penalidades y destierro. Preciso es, pues, cumplir exactamente las divinas leyes, hasta en lo penoso y contrario á nuestra viciada naturaleza. Lo que realmente constituye la vida del cristiano es, la puntualidad en el cumplimiento de todos los deberes que nos ligan con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos. A Dios debemos adorarle, honrarle y ofrecerle el homenaje de nuestro espíritu y de nuestro corazon. Con respecto al prójimo, deben tener respeto, fidelidad y obediencia á sus superiores los que se hallan en inferior condicion; amor, bondad y justicia con sus servidores, los que por su rango ó fortuna se hallan en el caso de mandar á sus semejantes; y todos estamos obligados á ejercer recíprocamente esa caridad tierna, compasiva é indulgente de que habla el Apóstol, que nunca piensa mal y tiende á evitar las palabras ágras y hasta el menor pensamiento ofensivo para el prójimo. Con respecto á nosotros mismos, hemos de ser castos é inviolablemente puros en nuestras palabras, deseos, acciones, y en todos los afectos de nuestro corazon, evitando lo que pueda empañar nuestra inocencia ó marchitar en lo más mínimo esta flor tan preciosa y delicada. Viviendo

así, y guardando con valor y generosidad la ley de Dios, habremos merecido nuestra recompensa y la bienaventuranza celestial coronará un día nuestra fidelidad.

Terminemos este discurso, admirando el hermoso ejemplo que Simeon nos ofrece en la presente festividad. Tiempo hacía que este santo anciano ardía en vivos deseos de ver al Salvador de Israel. Habíase revelado á Simeon, que no bajaría al sepulcro sin haber visto ántes á quien sus padres estaban esperando desde hacía cuarenta siglos. Era, pues, Simeon el último patriarca, heredero y sucesor de la fé y piedad de Abel, Noé, Abrahán, Moisés y David. Así es, que, cuando llegado el tiempo prescrito en los designios providenciales, el venerable anciano vió en sus brazos al Niño recién nacido, y contempló con sus propios ojos y tocó con sus manos á quien tantos ilustres personajes solo habían podido saludar de léjos en la tierra de su peregrinacion, su gozo fué infinito. Toma en brazos al Niño, imprime un respetuoso ósculo en aquella frente radiante de candor y belleza, y exclama: Ya puedes, Señor, dejar morir en paz á tu siervo; gozoso descenderé al polvo del sepulcro, puesto que mis ojos, aunque debilitados por la edad, han visto al Santo de Israel, al Salvador de todo el pueblo: *Nunc dimitis servum tuum Domine*, etc.

Si, santo patriarca, con razon has merecido ver al Salvador, merced á tu profunda fé. El Señor, segun has deseado, va á sacarte en breve de este mundo, como á un siervo fiel que ha cumplido noblemente su mision, y vá á descansar de sus fatigas. Por ahora reposarás en la tumba; mas no tardará en abrirse para tí el Cielo. Entretanto, tu alma irá al Limbo á llevar el consuelo á todos los santos y justos de la antigua ley, tus gloriosos antepasados. Les dirás que ha venido el Mesías; que ha nacido el Cristo en la ciudad de David; que tus ojos le han visto; que le has tenido en tus brazos, y que aún sientes los efectos de la profunda emocion causada por la memoria de las alegrías y felicidades de aquel hermoso día.

Ved ahí un precioso modelo de la fé, de la piedad, de los ardientes deseos y fervorosos transportes de júbilo con que debemos acercarnos á nuestro Señor Jesucristo. Tomémosle en brazos y sean nuestras acciones prenda de nuestra fidelidad. Recibámosle respetuosamente en nuestros lábios, gozándonos en hablar de Él, referir su gloria, proclamar sus beneficios, y darle á conocer á aquellos que no le conocen. Recibámosle en nuestros corazones por medio de la sagrada comunión, imitando en aquellos momentos la ferviente piedad del anciano Simeon. Procuremos, sobre todo, recibirle en nuestra última

hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

Favorécenos, Virgen santísima, alcánzanos la gracia que necesitamos para imitar tu humildad y tu sacrificio, la obediencia de Jesús, y los vehementes deseos del anciano Simeon. Haznos verdaderos devotos tuyos, para que seamos dignos de las promesas eternas en la gloria que á todos os deseo. Amen.

---



---

## DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

---

### DISCURSO I.

*Attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.*

Atended y ved si hay dolor como mi dolor.

(JER., THREN. I, 12.)

Una Virgen la más pura y la más santa entre las vírgenes de Judá, una Madre la más tierna y compasiva entre las madres de Israel, María, la más distinguida y privilegiada entre todas las hijas de los hombres, pero también la más atribulada y la más atormentada de todas ellas; hé aquí, católicos, el espectáculo que ese sagrado altar presenta á nuestra vista en este momento. Al contemplarle, al fijar mis ojos en el rostro de esa augusta Señora, marcado con las señales del más agudo dolor, al registrar el cadáver frío, todo ensangrentado y desfigurado que muestra inconsolable en su regazo virginal, yo no puedo menos de exclamar con el tierno y compasivo Jeremías: ¿A quién te asemejaré, oh la más afligida de las madres? ¿A qué dolor compararé tu dolor, Virgen angustiada, hija de Sion? ¿Acaso al de la desgraciada Agar, cuando sola en las arenas del desierto vuelve su rostro por no ver espirar acosado de la sed á su tierno hijo Ismael? ¿O al del anciano Jacob, cuando rasgadas sus vestiduras y cubierto de cilicio no admitta consuelo por la pérdida de José el más querido de sus hijos? ¿Acaso al de la hermosa Esther, desmayada á la vista de la proseripcion de su pueblo? No, ¡oh Virgen sacrosanta! vuestro dolor es incomparable. A su lado, el de los personajes más célebres en la historia de las desgracias de la vida es como una débil sombra comparada con la más perfecta realidad, como una gota de agua comparada con la inmensidad inconmensurable del Océano. Y hé aquí, católicos, bosquejado ya el objeto de mi discurso.